

En el cincuentenario de «ESTRÍA»

Una aventura literaria capitaneada por
Javierre y A. Schökel

Miguel de Santiago

Resulta prácticamente imposible acercarse a la colección completa de la revista «Estría», ya que no está archivada ni siquiera en aquellas casas o centros académicos en los que resultaría lógico encontrarla. La ocasión para acercarnos de nuevo a esa revista nos viene dada porque se han cumplido cincuenta años de su aparición en el panorama literario. «Estría» alcanzó los ocho números y siempre apareció en formato de 15,5 x 21 cms. y con solapas en ambas cubiertas. Se presentaba con una muy digna impresión y maquetación, sobre todo si la comparamos con otras publicaciones de la época y, más en concreto, con publicaciones de entidades relacionadas con el mundo eclesiástico.

Nace en el Colegio Español de Roma

El n.º 1 de la revista salió a la calle en abril de 1951 y fue presentado como «Cuadernos cuatrimestrales de Poesía» que edita el Colegio Español de Roma, al tiempo que añadía: «Tertulia Poética INCUNABLE». En la portada lleva un dibujo de Vaquero Turcios, fechado en 1951, que representa un tronco de árbol con unas cuantas estrías muy pronunciadas. La revista tiene 79 páginas y la impresión corrió a cargo de Ars Nova, de Roma. Su precio era de 15 pesetas. Para la correspondencia se remite al lector a la dirección de José María Javierre, en Via Sant' Apollinare, 8. Palazzo Altemps, de Roma.

Era el momento en que Javierre había sido destinado por sus su-

Miguel de Santiago

periores de la Hermandad de Sacerdotes Operarios Diocesanos como vicerrector del Colegio Español de Roma, al lado del que era rector entonces, don Jaime Flores, quien años después sería nombrado obispo de Barbastro. En realidad se entendía que Javierre era el fundador y director de «Estría».

La inquietud literaria estaba en el ambiente. Justamente por aquellas fechas había llegado a Salamanca Gerardo Diego con motivo de unos Juegos Florales organizados para conmemorar la proclamación del dogma de la Asunción de María al cielo. De entonces son aquellos inolvidables sonetos que arrancaban con versos tan felices: «¿A dónde va, cuando se va, la llama? ¿A dónde va, cuando se va, la rosa?» Gerardo Diego tuvo tiempo para reunirse con sacerdotes estudiantes de la Universidad Pontificia, que mostraban inquietudes por temas de literatura moderna. Y les animó a crear una revista de poesía hecha por clérigos. La cosa no cuajó entonces, pero poetas no faltaban...

Cuando Javierre llegó a Roma en 1950 y se encontró con un grupo de alumnos de élite intelectual, procedentes de las diversas dióce-

sis españolas se propuso llevar a cabo una empresa literaria y decidió crear una revista de poesía.

En la presentación del primer número de «Estría», sin firma, se alude al temor de no saber decir lo que desean y a la esperanza con que emprenden la aventura. Se pide colaboración para futuros números y se recuerda a quienes envíen poemas que «venga siempre una ficha en que consten estos datos: Nombre y apellidos –fecha y lugar de nacimiento– nombre de los padres y hermanos –fecha en que piensas morirte– la menudencia de tu vida que más quieres». Ni que decir tiene que la autoría de la presentación lleva el sello javierreano, valga la palabra.

De hecho, ya en el n.º 1 se presenta en cuatro líneas a cada uno de los autores con un leve toque de humor. Se ofrecen las colaboraciones por orden alfabético de los apellidos de los autores; esta ordenación no volvería a hacerse en ninguno de los siete números restantes que tuvo la revista. Estos son los poetas que firman sus versos en el número inicial: Eugenio García Amor, José Luis Martín Descalzo, Julio Montalvillo Vadillo, Servando Montaña Peláez, Antonio Montero Moreno, Luis Peralta Hernández y Manuel

Revuelta Sañudo. Hay que decir que todos los siete, algunos de ellos ya fallecidos, han ocupado puestos de relevancia en la vida intelectual (escritores, periodistas, traductores, bibliotecarios) y en la eclesiástica (obispos, administradores diocesanos en sede vacante), aunque algunos se secularizaron. Aquí ya aparecía con fuerza el nombre de José Luis Martín Descalzo, un escritor de raza que haría versos durante toda su vida: murió exactamente cuarenta años después del nacimiento de «Estría».

Lo primero que sorprendió –y cobra mayor relevancia con el paso de los años y la perspectiva del tiempo– es que aquel puñado de seminaristas escribía de otra manera a como lo hacían los demás seminaristas y sacerdotes en sus respectivas diócesis, sus versos no eran estrictamente devocionales ni llenos de beatería barata, habían superado la influencia de los versos de José María Gabriel y Galán, mostraban haber leído la reciente producción poética de los mejores autores del momento, como los maestros de las llamadas Generaciones del 27 o del 36: Dámaso Alonso, Gerardo Diego, Federico García Lorca, Leopoldo Panero o Luis Rosales, por citar algunos. Es decir, hay que anotar a

su favor que querían aproximarse a la ola de la modernidad literaria (verso libre, lenguaje bronco, atrevidas imágenes, por un lado, y, por otro, alargamiento del tema navideño que había llevado a altísimas cimas Luis Rosales con su *Retablo sacro del nacimiento el Señor*, de

*aquel puñado de
seminaristas escribía de
otra manera a como lo
hacían los demás
seminaristas y sacerdotes
en sus respectivas diócesis*

1940, y reutilización de las décimas como metro para abordar los temas religiosos de mayor plasticidad, siguiendo el modelo reciente de Gerardo Diego en su *Viacrucis*, de 1931), aunque, dada su juventud e inmadurez literaria (poco cuidado en evitar las asonancias cercanas, discurso excesivo en detrimento de la contención que otorga fuerza y calidad a la lírica), haya que achacarles cierto mimetismo, por lo demás escasamente disimulado.

El primer número de «Estría» lleva en su última página la bendición –un «testimonio notarial de una gran alegría, de la satisfacción de haber estado, poeta laico

entre poetas del clero, en un círculo de análoga atmósfera estética que cualquier otro círculo de poetas jóvenes»— de José María Valverde, un joven poeta seglar, que ya había demostrado su calidad literaria (*Hombre de Dios*, en 1945, y *La espera*, en 1949) y, a la sazón, se encontraba en Roma. Fecha su carta en el mes de febrero de 1951 y en ella dice, entre otras cosas, que la antología que se ofrece en las páginas precedentes muestra cómo «estamos todos hechos de la misma tela y tenemos todos el mismo lenguaje». Subraya Valverde: «En una antología poética donde, gracias a Dios, la condición eclesiástica de sus autores no significa -como se ha visto- la menor coerción de tono ni limitación de la espontaneidad lírica, la intervención marginal de un poeta seglar tiene que enmarcar desde fuera esta circunstancia, con peligro para la poesía misma».

Se pide «la limosna de una tolerancia»

El n.º 2, que apareció en septiembre de 1951, conserva muchas de las características técnicas del primero: el diseño de la portada, el número de páginas y el precio. Pero se imprime ahora en la tipo-

grafía de Pablo López, de la calle de Meléndez Valdés, 17, en Madrid. En esta ocasión ya no aparecen ordenados los poetas por orden alfabético y la presentación de los mismos se hace en una de las páginas iniciales, donde las semblanzas están confeccionadas de modo ajedrezado junto a unos dibujos de Gil Tovar. La revista lleva además, y a partir de ahora, varias ilustraciones, todas firmadas por este mismo dibujante.

El prólogo refleja de modo indirecto cuál fue la reacción en determinados ambientes ante la aparición de la revista «*Estría*». En él se pide «la limosna de una tolerancia a los oídos, no abiertos aún. Mejor que ahogando los perfiles humanos, entre ruidos y prisas, confiamos que pueda nacer la voluntad de convivencia en el propósito de ensanchar los músculos de la comprensión». Y un poco más adelante se dice: «No pocos amigos lamentan el ángulo de visión en que “también ESTRÍA” se ha colocado. El mal es tan viejo como la poesía misma. ¿Qué queréis? La sensibilidad determina sus épocas, rige el flujo de sus zonas».

Ya en el n.º 2 se anuncia que las páginas de la revista albergarán poesía y teoría. Junto a los versos de

El cincuentenario de «ESTRÍA»

José Luis Martín Descalzo y de Antonio Montero –que ya habían colaborado en el n.º 1– aparecen poemas de Ricardo García Villoslada, Francisco Pérez, Francisco Cañamero, Bernardino Martínez Hernando y Rafael Millán. Unos, jóvenes, y otros, más veteranos; unos, del Colegio Español de Roma, y otros, de las diócesis españolas, y un seglar.

Los trabajos en prosa son de Ignacio Escribano y Luis Alonso Schökel, quienes abordan, respectivamente, temas como el paisaje en la obra de Rainer María Rilke y la arquitectura de artes no plásticas. José María Javierre cierra el número con «una postdata para muchas cartas», en la que vuelve a los temas tocados en el prólogo: «Creíamos haber rayado levemente en el fuste viejo de alguna columna olvidada, cuando abrimos nuestra humilde estría. Resultó que el tronco guardaba viva la savia, a flor de piel. O que el estilete mordió más de la cuenta y le arrancamos a la carne su quejido. El caso es que el primero de nuestros cuadernos ha merecido las más encontradas opiniones. A nosotros nos tienta el deseo de publicar íntegra la correspondencia, pero abultaríamos desmedidamente los fascículos. Buena experiencia supondría, por cierto, el contrastar a dos columnas, en la limpieza de la página impresa, pa-

receres tan dispares, que acusan una distancia de tonalidad increíble entre zonas ‘culturales’ de nuestra sociedad intelectual». Y termina: «En nuestro pequeño archivo queda constancia. Al lado de inolvidables palabras de alegría y aliento, venidas de quienes hoy ocupan los más vigilantes picachos de la poesía española, llegó el inapreciable trallazo de quienes encontraron en ESTRÍA sandeces y piruetas. A unos y a otros, nuestro agradecimiento y la voluntad de constancia».

Un manojo de poemas navideños

En el n.º 3 –que apareció en enero de 1952– se continúa con el mismo diseño de portada, si bien aparece el color marrón en las leyendas del nombre y del número, mientras que en el n.º 1 se había utilizado el azul y en el n.º 2 el verde. La revista está hecha por la misma imprenta madrileña y tiene el mismo precio, aunque el número de páginas se eleva en esta ocasión a 94. Gil Tovar es también el ilustrador. La ubicación de las firmas no se mantiene a lo largo de todo el número, ni tampoco es idéntico el criterio para la presentación de los autores que se incorporan por primera vez a la revista (Pablo Bilbao Arístegui,

Miguel de Santiago

Sergio Fernández, Edmundo García Caffarena, Florencio Martínez Ruiz, Guillermo de la Cruz Coronado, José María Cabodevilla y Alfonso Albalá).

La ubicación de las firmas aparece con distinto criterio, debido con toda seguridad a que se quiere diferenciar o destacar la primera parte del número, dedicada exclusivamente al tema navideño, con poemas de Antonio Montero, Manuel Revuelta, Julio Montalvillo, Sergio Fernández y José Luis Martín Descalzo. Dos erratas, consistentes en la supresión de determinadas palabras, dejan despiadadamente cojos o paticortos dos endecasílabos del soneto inicial de Antonio Montero.

Cabe destacar en este número la fuerza de las imágenes, junto a ciertos descuidos estilísticos, de los poemas de Montalvillo -los no expresamente navideños- en donde se advierte la influencia del gran poemario de Dámaso Alonso *Hijos de la ira*, de 1944; veamos, por ejemplo: «Bajo el silencio humilde del tiempo / suena el rodar de la vida. / En el crepúsculo se oye el hervir / de la sangre -largo tren- y van pasando los hombres / apelonados, sangrientos, nerviosos, / como fardos de pesada lujuria». Es en el n° 3 en el que aparecen unas prosas

de José María Cabodevilla, extraídas de un diario correspondiente a las cuatro semanas previas a la Navidad de 1948.

Valverde homenajea a los misacantanos

El n.º 4 de «*Estría*» presenta una nueva portada con nueva cabecera y nuevo dibujo, diseñados por Mampaso. Las ilustraciones que aparecen en el interior son de Núñez-Castelo. Sin embargo, continúa haciéndolo la misma imprenta de Pablo López, en la madrileña calle de Meléndez Valdés, 17, y se mantiene el precio de 15 pesetas por ejemplar. Ya no se hacen presentaciones de los autores que colaboran en la revista. Este número lleva la fecha de mayo de 1952 y aprovecha para reproducir las palabras del Papa Pío XII en la audiencia del 8 de abril a los artistas que habían participado en la VI Exposición Cuadrienal Romana.

Incluye además un suelto o encarte de cuatro páginas con otras tantas fotografías en blanco y negro para celebrar la ordenación sacerdotal de cuatro de los fundadores de «*Estría*»: se puede ver a Julio Montalvillo, Antonio Montero y Manuel Revuelta celebrando

El cincuentenario de «ESTRÍA»

la misa y José María Cabodevilla aparece representado en un dibujo de su paisano y amigo José María Díaz Mozaz. A los cuatro misacantanos les dedica José María Valverde un oda titulada *Los colaboradores*.

Lo que más destaca en esta entrega son los bellos poemas del jesuita Ricardo García Villoslada, amén de un trabajo de Antonio Montero sobre el villancico en la obra de Federico García Lorca (donde, por cierto, deja caer la acotación de que Manuel de Falla llevaba a su amigo Federico «al conventito albaiciner, “Las Tomasas”, quemado poco después por los amigos de Lorca»). Las nuevas firmas incorporadas al grupo de «Estría» son las de Juan Bautista Bertrán, Rafael Gómez, Franco Díaz de Cerio, Ángel Crespo y Thomas Merton y Robert Speaight, éstos dos últimos traducidos por Edmundo G. Caffarena.

Interesa destacar también la reproducción facsímil de la carta de Merton, autor conocido sobre todo por *La Montaña de los siete círculos* y que había ingresado como monje en la Trapa de Kentucky, en los Estados Unidos; la carta está reproducida a continuación del estudio de Robert Speaight y en ella el escritor trapense agradece el envío

desde España de los números de la revista sacerdotal «*Incunable*», así como las alabanzas hechas a su obra *Seven Storey Mountain*.

Se rompe la periodicidad prevista

Aunque en el nº 5 se mantiene la misma portada que en el anterior, se utiliza el color azul claro en vez del morado para la cabecera y una especie de orla que acompaña a la ilustración de Mampaso. Las ilustraciones del interior son de Núñez-Castelo. Vuelve a elevarse el número de páginas en esta ocasión; ya no lleva las 80 del número anterior, sino 104. Pese a todo, el precio continúa siendo de 15 pesetas. Ahora la imprenta que lo hace es Gráficas Bachende, de Madrid. Aparece en mayo de 1953, por lo que queda patente que se ha roto la prometida periodicidad cuatrimestral; de hecho se suprime el dato de la periodicidad en la mancha. Para esta fecha Javierre se encuentra destinado en Roma como corresponsal del diario «*Ya*», después de haber pasado por la subdirección del semanario «*Ecclesia*». Lo más destacado de esta entrega es, evidentemente, la inclusión de un poema de Juan Ramón Jiménez, aunque, en honor a la verdad, hay que decir

Miguel de Santiago

que no se encuentra entre los más afortunados del poeta que, tres años después, en 1956, recibiría el Premio Nobel.

En el apartado de poesía destacan los versos de y sobre los poetas que recibieron en esas fechas la ordenación sacerdotal. Antonio Montero, sacerdote desde hacía dos años, les dedica un soneto que aparece engatillado en el prólogo o presentación del número. Los neosacerdotes del día de San José de 1953 son José Luis Martín Descalzo, Eugenio García Amor, Manuel Castro Salido, Fidel Villaverde y Alfredo Rubio de Castarlenas. Los tres últimos forman parte del grupo de nuevas firmas que se incorporan a la revista «Estría»; los otros nuevos son Florencio Martínez Ruiz, Carlos de la Rica, Ricardo Blasco y Manuel Pinillos. Los sonetos de Florencio Martínez Ruiz revelan la sensibilidad de un lector proficiente y atento a las recientes calidades literarias que acababan de zarandear sentimientos y modos de expresión en la España de posguerra.

Martín Descalzo organiza un paseo por la poesía italiana, siguiendo la antología reciente de Giacinto Spagnoletti, y traduce al castellano poemas de Aldo Palazzeschi, Conrado Govoni,

Clemente Rébora, Umberto Saba, Vincenzo Cardarelli y Guiseppe Ungaretti.

Un mentor que orientó y coordinó constantemente el quehacer de los chicos de «Estría» fue el jesuita Luis Alonso Schökel, experto en lenguas y literaturas clásicas, en lenguas y literaturas bíblicas y en filología y preceptiva literaria. Ya por entonces hacía furor en los Seminarios españoles una obra suya, titulada *La formación del estilo*. Ante la inminente aparición de la segunda edición de esta obra se da entrada en las páginas de «Estría» a un fragmento nuevo acerca de la expresión y la vivencia, cargado de intuiciones y con una exposición muy divertida.

Schökel como co-director e ilustraciones de Mingote

Lo primero que destaca a simple vista en el n.º 6 -que aparece en enero de 1954- es su portada festiva: un dibujo del genial Ángel Antonio Mingote, en el que se invita a pasar y ver... *El circo* es precisamente el título del poema de José Luis Martín Descalzo que, compuesto en cuaderna vía, abre el número; en él se dice: «Vengan a ver la alegre caterva de poetas / que siembra entre sus versos

El cincuentenario de «ESTRÍA»

adustas bayonetas / y llena de terribles palabras sus cuartetas / con las que se suiciden todas las marionetas». Luego viene el escrito prologal de José María Javierre, que enlaza con el tema y se titula *Del circo a la catedral*.

Por primera vez aparecen en la mancheta dos directores: junto al nombre de Javierre, el de Luis Alonso Schökel. Figura como secretario de redacción Martín Descalzo y como administrador José María Piñero, que es vicerrector del Colegio Español de Roma desde que Javierre dejó dicho puesto.

La revista se imprime de nuevo en *Ars Nova*, de Roma, y mantiene el precio de 15 pesetas. Incluye una hojita suelta en la que se dice al lector que «*Estría*» va a enriquecerse con nuevas aportaciones de crítica e información, de visión poética del mundo y juicios leales sobre la producción poética contemporánea. «Creemos que, sacudiendo las cosas al sol, ganan en verdad y en color» se dice. Y se anuncia una subida en el precio: costará 40 pesetas a partir del próximo número. Pero, como se verá, no sería este el precio.

Hay poemas de Manuel Revuelta, el jesuita José Luis Blanco Vega, Francisco Pérez Gutiérrez, el car-

melita Fray Augusto de la Inmaculada, el dominico Fray Domingo Renaudiere de Paulis, José Luis Martín Descalzo, el claritano Jesús Tomé y Julio Montalvillo. Este es, sin duda alguna, el número de «*Estría*» en el que encontramos los mejores poemas. ¿Quizá porque se da entrada a poetas de diversas congregaciones religiosas? Destacan a gran distancia los versos de Jesús Tomé, un autor que, pasados los años, se colocaría en el puesto cimero del gremio de los eclesiásticos.

Y para completar la calidad de los trabajos que aparecen en el nº 6 se incluyen dos trabajos en prosa, de muchos quilates también: las notas sobre poesía religiosa de José Antonio Revillo y el amplio ensayo de Luis Alonso Schökel titulado *Anatema de los modernos*, dedicado a quienes, sobre todo entre el clero, torcían el gesto cuando leían «*Estría*» y a los que buscaban entender lo que allí se publicaba sin acabar de conseguirlo.

Traducciones de poetas extranjeros contemporáneos

El nº 7 está fechado en la Navidad de 1955 y lleva la misma mancheta y cuerpo de dirección que en el número anterior. Tiene 135

Miguel de Santiago

páginas, se le puso un precio de 20 pesetas y fue impreso por Ibarra, en la calle de Cáceres, 15, de Madrid. En sus páginas se entremezclan siete fotos en blanco y negro de iconografía navideña y mariana con dibujos de Francisco Izquierdo, quien es presentado como un pintor que pronto sería «sorpresa nacional»; los dibujos de Izquierdo tienen dulzura, gracia y fervor, también claridad y elegante figuración.

El n.º 7 toma impulso y referencia de una visita realizada por algunos miembros del grupo «*Estría*» a Tierra Santa: Javierre, Schökel, Descalzo, Montalvillo, Montero, Revuelta, García Amor. La crónica-presentación, o lo que sea, va firmada por José María Javierre desde Munich, a donde había sido destinado por la Hermandad de Sacerdotes Operarios Diocesanos para ocupar el cargo de rector del Colegio Español Santiago en aquella ciudad alemana.

A continuación el número aparece organizado en tres bloques: cinco poetas españoles, seis poetas extranjeros traducidos al español por los miembros de «*Estría*» y tres ensayos sobre poesía.

Los poetas españoles que escriben versos en este número son Julio Montalvillo, Manuel Revuelta,

Luis Gallástegui, José Luis Martín Descalzo y Antonio Montero; éste último es quien ofrece un puñado de versos de marcado carácter - fondo y forma- navideño.

Vienen a continuación unas prosas poéticas de José María Pérez Lozano, tituladas *Dios tiene una O*. Son el avance de lo que luego sería un precioso y exitoso libro del periodista y escritor de Navalmoral de la Mata. Téngase en cuenta que estamos en el mismo año en que fue fundada la editorial PPC, a la que aparecerán vinculados muchos de los nombres mencionados en esta historia.

El manojo de poetas extranjeros que viene a completar o respaldar el canto a la Virgen María del n.º 7 de «*Estría*» son: Rainer María Rilke, en versión de Julio Montalvillo; Tomás Merton, en versión de Luis Alonso Schökel; Francis Jammes, traducido por Manuel Carrión; Gerard Manley Hopkins, traducido por Eugenio García Amor; David María Turolde, por Martín Descalzo, y Paul Claudel, por Manuel Carrión.

El apartado final del número está dedicado a la crítica, con un larguísimo y certero estudio de Schökel sobre la trayectoria poética de Vicente Aleixandre hasta

El cincuentenario de «ESTRÍA»

ese momento; son muy interesantes las observaciones que hace sobre los poetas consagrados y la valentía con que aborda los tópicos vertidos por eruditos y críticos para someterlos a profunda revisión. Se reproduce también buena parte del prólogo que el teólogo de Innsbruck, el jesuita Karl Rahner, había escrito para apoyar el poemario *La hora sin tiempo* (que se publicaría en 1958 en la Colección Estría de la Editorial Juan Flors) de Jorge Blajot. El trabajo del jesuita alemán lleva aquí el título *De la palabra poética*, pero cuando fue recogido en la edición de los *Escritos de teología* (Ed. Taurus) quedó encabezado como *Sacerdote y poeta*. Muy valientes son las notas literarias -que no ideológicas- que hace José Antonio Revillo al *Canto general* del chileno Pablo Neruda; valientes porque van a contrapelo de lo que sobre ese extensísimo libro del destacado autor de filiación comunista se estaba publicando en las revistas españolas de entonces.

Octavo y último número

El n.º 8, que fue el último que apareció, es el colofón de aquella aventura casi mítica de «Estría». Tardó en aparecer con respecto al

número precedente. ¿Adivinaban su final los responsables de ella? Y ese número sería el del cierre. Figuraban con José María Javierre y Luis Alonso Schökel como directores, José Luis Martín Descalzo como secretario de redacción y, como administrador, José María Piñero. Las novedades que ofrecía la mancheta eran dos: la edición de este número había estado a cargo de José María Pérez Lozano y la revista se titulaba «Cuadernos de poesía» que editan el Colegio Español de Roma y el Colegio Español de Munich. De menor importancia era la novedad o la observación de que la correspondencia debía dirigirse a: H. López de Ceballos, calle del General Goded, 11, en Madrid.

Salió a la luz pública el n.º 8, en el verano de 1957, con 116 páginas y al precio de 30 pesetas. Lo imprimió también Gráficas Ibarra, de la calle Cáceres, 15, de Madrid. Casi hacía presagiar su cierre el color oscuro, muy oscuro, del dibujo de portada, firmado por el P. Xavier de Eulate.

El cierre de «Estría» se debió a que los jóvenes escritores de los primeros momentos se encontraban ya dispersos por sus diócesis y lugares de trabajo; lo mismo ocurría con los mentores ilusionados de aquellos seminaristas y jóvenes

Miguel de Santiago

sacerdotes que para entonces residían en Munich y en Roma. Además se daba la circunstancia de que, entre las jóvenes generaciones sacerdotales, no se encontraban cultivadores de calidad de la poesía y de la crítica literaria, como ocurriera años atrás. O, si los había, carecían al menos de escritores que orientaran sus pasos e inquietudes y les dieran adecuada tribuna. Quién era Schökel ya se sabía: había animado a muchos poetas y había corregido muchos versos antes de que aparecieran publicados en la revista.

Y quién era Javierre como escritor y como crítico literario queda también claro en el trabajo, en forma de carta, donde borda una reseña sobre *La frontera de Dios*, la novela con la que José Luis Martín Descalzo había ganado hacía unos meses el importantísimo Premio Nadal. Leer después de muchos años esas cuatro páginas de José María Javierre deja bien patente lo certero de sus juicios, la intuición clara sobre algunos puntos débiles de la trayectoria literaria de Martín Descalzo, la cordialidad sincera con que pone las objeciones de las que hay que dejar constancia para no traicionarse a sí mismo ni traicionar la objetividad... Recomendando la lectura detenida de este escrito de Javierre, sin perder de vista en ningún mo-

mento quién lo escribe, la relación que tiene con el autor de la novela que critica, el momento histórico en que lo escribe y la revista donde lo publica.

Vuelven a ofrecerse en este número dos poemas en prosa pertenecientes al libro *Dios tiene una O* de José María Pérez Lozano. Dentro del apartado de poemas en verso hay que destacar la inclusión de cinco poemas de alusión a la temática religiosa del poeta vallisoletano Jorge Guillén. Contrasta la frialdad de estos poemas con los del también vallisoletano -si bien de adopción- José Luis Martín Descalzo, pertenecientes a su libro *Camino de la cruz* (que aparecería en la Colección Estría del editor Juan Flors en 1959). Los poemas de Julio Montalvillo pertenecen a su libro *Hombres de verdad y sueño*, que posteriormente aparecerían también en la misma editorial. Hay poemas también de los claretianos Jesús Tomé y Lucinio Alonso, de los jesuitas Jorge Blajot (del libro *La hora sin tiempo*, también editado por la Colección Estría) y José Luis Blanco Vega, del dominico Francisco Flores y de los sacerdotes Luis Gallástegui, José Luis Villajandre, Manuel Carrión, Francisco Cañamero, Carlos de la Rica, Juan José Rivas y Rogelio Barufaldi.

El cincuentenario de «ESTRÍA»

Los ensayos en prosa abordan la ordenación sacerdotal de Pieter van der Meer de Walcheren (por José María Cabodevilla), la estética y el cristianismo (por Demetrio G. Rivero), unas obras recientes de François Sagan (por Francisco Pérez); tiene también un extensísimo trabajo de veinte espesísimas páginas acerca de la tarea de escribir y el escritor.

Removió las aguas tranquilas

«Estría» no levantó acta de defunción. Quizá fue mejor que no lo hiciera. Los creadores de «Estría» tuvieron el mérito de remover las aguas tranquilas de los claustros y seminarios. Aquellos «soñadores de palabras» abrieron una hermosa estría al hacer incursiones por terrenos líricos no transitados hasta entonces por los hombres pertenecientes de algún modo al gremio de los eclesiásticos. La creación poética aún no había salido del pietismo devocional dominante. Puede imaginarse el escándalo producido al ver el desenfadado versolibrismo en multitud de páginas de la revista y, sobre todo, la inclusión de temas que bajaban a niveles más humanos y tocaban los problemas del hombre de la calle y sus inquietudes

cotidianas. La audacia expresiva de los escritores de «Estría» supuso un cambio de mentalidad. Junto a los encendidos cantos sacramentales, sobre todo al sacer-

*la audacia expresiva
de los escritores de «Estría»
supuso un cambio
de mentalidad*

docio, y junto al descriptivismo de las parábolas evangélicas glosadas con toques de actualidad como pretexto de acercamiento al misterio cristiano, se encontraban alusiones al sacerdote réprobo, al que no se sabía administrar, unos cantaban al imposible primogénito o a los hijos que no iban a tener, otros dejaban traslucir sus zozobras humanas. Ni que decir tiene que estaban en la línea de la nueva religiosidad que inundaba los poemarios de los grandes poetas de la posguerra española, todos ellos hombres azotados por un tiempo difícil y sombrío. Latía una religiosidad en línea con Leopoldo Panero, Luis Rosales, Luis Felipe Vivanco, José María Valverde, y hasta una cierta exacerbación en el fondo y en la forma, cuyos representantes más significativos eran Miguel de Unamuno, Dámaso Alonso y, más tarde, Blas de Otero.

Es decir, lo que se escribía en «*Estría*» estaba en la onda, conectaba con las corrientes del sentimiento y de la técnica poética más actual. El dramatismo y la problemática existencial dominante fueron debidamente interiorizados por aquellos poetas religiosos. Y, aunque éstos se movían en la ortodoxia, no dejaron de sufrir incomprendimientos por parte de los propios correligionarios, que todavía estaban anclados en una poesía devocional de formas harto tradicionales. Por eso, José María Javierre, tuvo que escribir, ya en el nº 2 de la revista, lo siguiente: «Que las masas no reciban ciertas exquisiteces líricas, no me parece problema mayor. Siempre que los laboratorios intelectuales decantan en exceso, la tarea lleva consigo una limitación de la zona receptiva. Y estamos dispuestos a conceder que cuando el vulgo dice 'no entiendo' la culpa sea de la poesía, que tentó el camino arisco de lo difícil. Pero el caso cambia de cariz cuando gentes a quienes el gusto cultivado 'se les supone' cierran la lectura con agrio mohín de disgusto. Hay que lamentar entonces que en la ingenua suposición nos equivocamos».

A estas alturas puede decirse -con el crítico Florencio Martínez Ruiz-

que «*Estría*» supuso una oxigenación en el orden mental y en el orden de la sensibilidad, que caló un humanismo heridor, contagioso, alimentado por una corriente filosófica y social, muy progresiva, al menos a nivel de ideas, que suscitó y estimuló vocaciones líricas y su mensaje prendió como una llama, como un rápido detonador cuya eficacia sólo podemos comprobar si atendemos a las reacciones que suscitó en determinados estratos intelectuales y eclesiásticos (Cf. el prólogo a la antología *Nuevo mester de clerecía*. Ed. Nacional, Madrid, 1978).

Pasados los años hay que recordar con añoranza aquella aventura magistralmente dirigida y encauzada por José María Javierre y Luis Alonso Schökel. En las décadas posteriores no faltarían eclesiásticos que orientaron su afición y su vocación a las bellas artes, cómo no a la lírica y al ensayo literario. No pertenecieron al grupo de «*Estría*» por imperativos de la edad, pero pueden ser considerados dignos herederos del espíritu rompedor que alentó aquella revista. Con toda razón ha sonado la hora del homenaje. A él nos sumamos.